

EL CENTRO DEL INFIERNO

H. A. Murena

(Héctor Álvarez)

JUDAS. Allí está, en el centro del Infierno, punto que es asimismo la base de toda la morada. Sobre el recinto que lo aloja se alza el misterioso edificio, vastísima y en apariencia caótica construcción de la que nadie sabe dónde se inicia ni hasta dónde se extiende, pero en algunas de cuyas habitaciones penetramos, junto a algunos de cuyos muros marchamos, los no muertos, en esta Tierra, sin saberlo, acaso sintiéndolo, porque es aquí donde empieza ese reino que podemos franquearnos con un gesto: se los reconoce —a tales cuartos, a tales paredes—, pese a su aspecto natural y humano, por un latido singular, seco y afiebrado, que percibiríamos con perturbadora claridad si apoyásemos una mano sobre ellos; se dice que los latidos son los del corazón del condenado que está en el centro, y que resultan más notables en los límites exteriores del edificio que sobre el pecho mismo del que surgen, que parecería yerto; pero sólo uno ha tocado ese pecho.

Está echado boca arriba, cubierto con una túnica de color rosa muy tenue, está inmóvil, el vientre desmesuradamente hinchado, sin duda a causa de la larga permanencia en la misma posición; mantiene los ojos casi siempre cerrados, pero al anochecer los abre, negros, con una chispa en el medio, de fijeza irreal increíble: un largo aprendizaje debe haber tras esa cautela que hace que no los desvíe hacia lado alguno. Porque el recinto en que yace se halla invadido por una bruma blanquecina y húmeda, a causa de la cual mana de toda cosa un abundante sudor frío y resulta imposible distinguir los confines del lugar; pero, no obstante, la bruma permite ver sombras que se mueven en torno al condenado, formas negras, más grandes que

un hombre, a veces quietas, velludas, arañas, tarántulas gigantescas, se cree.

Con los ojos abiertos, con los ojos cerrados, bajo la escolta de sus negras compañeras, sueña, esto es, en su presente infinito —en esa condición desde la que por fin advierte que tanto tarda en caer a tierra el pétalo de una rosa como una existencia humana en transcurrir o una estrella en apagarse, en ese estado en el que comprende que todos los siglos pasados, presentes y futuros son una sola, efímera chispa—, vuelve a vivir, fantásica, terroríficamente, algunos de los instantes que ahora se agolpan en tropel contra él, pero que en este mundo, convertidos en actos o peligrosas larvas de actos, guardando una sucesión que parecía un orden, compusieron el fuego para su eternidad.

Llega a la casa del monte, donde los otros están reunidos, tan lejos, tan alto para un mediodía ardiente, aunque no por capricho, sino por precaución, prudencia en la que también se mezcla una veta de desafío, pues la ciudad está demasiado cerca. Del agua tibia, de los pescados descompuestos, de los eucaliptos color coral bajo la corteza rota, de las porquerizas, de los limoneros en flor, cunde sobre el país entero un olor a felicidad putrefacta, que a él lo oprime, lo fatiga más que la marcha hasta el vómito. En tres oportunidades le habló ya, cada vez que le oyó anunciar sus proyectos insensatos. ¿Qué es la humanidad, qué es el reino de otro mundo?, le dijo. Fantasías, fantasmas, vacuas generalidades. La humanidad soy yo, y aquél y aquel otro que te siguen, aquellos a quienes piensas abandonar a mano de los verdugos; el otro mundo más valdría que se hiciese sentir un poco aquí abajo. En cada oportunidad le lanzó una mirada excesivamente dura, acaso excesivamente tierna, le contestó con el silencio. ¿Será el Dios? Nunca lo creyó ni dejó de creerlo. Por lo demás, ¡tanto importa! Mientras esté en la Tierra como hombre, ese relámpago debe servir al hombre. Ahora llora, de pie, erguido en su elevada estatura, hermoso, con una pelusa apenas visible sobre sus mejillas de niño consentido, llora, y los otros, tirados en la habitación, lo contemplan sin saber qué hacer, excepto Juan, por supuesto, que se abraza a sus piernas y también llora. No lo esperaron para comer, ahítos ya de un pan ázimo devorado más por miedo que por hambre; pero él no quiere comer. Habla. En seguida de llegar, aunque es de noche cerrada, aunque el habitáculo se llena de escorpiones, cincuenta, cien, que los demás matan como pueden. Lo enfrenta. ¿Has visto el dolor de los que te siguen, la miseria de nuestro pueblo esclavizado, los leprosos, los famélicos, el abandono en que viven?, le dice. ¿Qué derecho tienes a buscarte el suicidio cuando los que te amamos confiamos en que no nos dejarás solos con nuestras llagas? ¿En qué Dios te convertirás cuando la muerte te haya cerrado los ojos al sufrimiento?

Lava primero el mal que tienes a tu alcance, y piensa, habla luego, si te queda tiempo, del otro mundo: eso le dice. Lo hace llorar, para impedirle que termine con una mísera muerte de delincuente su vida de taumaturgo capaz tal vez de sacrificarlo todo por el brillo. Gracias a esa dura sabiduría suya se ha tornado posible esta mansa, triunfal entrada en Tesalónica: aunque deba viajar en litera cubierta, pues la luz demasiado intensa le hace daño, El puede ver —levantando un poco los visillos— no sólo a los pobladores, arrodillados en reverencial silencio ante su paso, sino también a los soldados, los romanos, abandonados por sus jefes, que huyeron, ligeramente despavoridos, ante el éxtasis en que cayeron sus inferiores a la noticia de que llegaba quien llegaba. Y este paso por Nicópolis, donde el mismísimo cónsul los honra con su untuosa cordialidad burocrática, les ofrece su mansión; y este feliz arribo a Nápoles, donde sus preceptos se cumplen antes de verlo siquiera, todo esto se lo deben a él, a él, capaz de presumirlo desde el día en que descubrió al entonces joven hipnotizador desperdiciando sus actos mágicos en curaciones arbitrarias, que beneficiaban a uno y dejaban a la multitud seducida, pero tan enferma como si no hubiese ocurrido nada, lo comprendió cuando abandonó sus importantes posesiones, su situación social, las tradiciones: el jovenzuelo, guiado, podía llevarlos muy lejos por el camino de la salvación de su escarnecida raza. Hasta Roma, como lo dijo con sincero, fervoroso regocijo Caifás, la noche que él logró que se abrazaran en el monte de los Olivos, la Roma bañada por la luz lunar que contemplan desde lo que fuera recinto del Senado, silla ahora del dulce poder, del verdadero Dios, pastor de los pueblos satisfechos, libres y pacíficos. Pues eso esperan las naciones, a los discípulos, a los misioneros que, tras un sumario curso de adiestramiento, llegan, multiplican y multiplican los panes, sin dificultad, incluso de modo un poco mecánico, curan los males con panaceas asombrosas, que se les entregan a granel, persuaden a los ricos —quizá con cierto esfuerzo, pero siempre eficazmente— para que cedan sus bienes a los pobres, en el tiempo en que tarda una mano en abrirse erigen altos palacios donde sólo había tugurios, pantanos, alargan la dicha a todos. Henchidos de agradecimientos, peregrinos y legados de cada comarca del orbe avanzan con unción hacia este sitio del bien, avanzan, interminablemente, en bello orden, bajo la mirada paternal de los fornidos, minuciosos guardias (pues la felicidad común enfurece tanto a los que fueran explotadores, poderosos, que es menester durante esta generación —nada más que durante esta generación, claro está— reforzar con prudencia la vigilancia para que cuatro insensatos no logren desbaratar lo construido). El príncipe los recibe, a la distancia considerable que la santidad exige, los mira llorando, porque le ha quedado esa costumbre, que recrudece sobre todo en las oportunidades en que se

cruza con Pedro, quien ha engordado tanto, llora, sin causa, teniendo en cuenta que incluso en los milagros especiales, a los que ahora se limita, alcanza cumbres no imaginadas, como esta resurrección del tal Lázaro, al que arrancó de la tumba hediendo, rígido, en forma quizá un poco espectacular para estos tiempos, pero de cualquier modo edificante, si se deja de lado a la parienta del resucitado, a la que ya no es posible sacarse de encima, siempre con su frasco de ungüento. La verdad, él siente de pronto miedo ante milagros semejantes, debe confesárselo, se pregunta si será el Dios, pero piensa en seguida que está ya viejo, algo chocho, con sus arrebatos de patética grandeza, y que aunque ahora se le ocurriera hacerse crucificar no conseguiría que le diesen el gusto, entre gentes tan satisfechas, nadie que aspire ya a nada, en la perfecta organización que se extiende a toda la superficie habitable, nadie que quiera cosa alguna fuera de lo que tiene, hasta tal punto que muchos, en el hartazgo de felicidad, ceden a la censurable moda que busca un último goce en el suicidio. Salvo la insignificancia de los escorpiones, que extrañamente se multiplican en las ciudades, irrumpen aquí, en el mismo recinto del bien, a decenas, a centenares, pero a los que los discípulos, gracias a una larga práctica, ultiman con gran destreza, la situación alcanzada merece un solo calificativo: perfecta. Y resulta grato ser el lugarteniente del príncipe (habiéndose al fin establecido las imprescindibles jerarquías), recibir los reflejos más directos de su nimbo, ser un segundo acaso más importante que el primero, pues la acción está en su mano, y las masas agradecen más las acciones que las promesas, vivan su nombre a la par que el del príncipe, ahora que han salido a los balcones, lo vivarán más cuando, con los treinta dineros que cada fiel debe donar a la entrada del templo, el bienestar crezca y crezca y crezca.

Sueña. Pero sus velludas compañeras velan, marchan en círculo en torno a él, se detienen, adelantan sus negras cabezas, hunden los picos en los pómulos, bajo la túnica rosa, en el pecho, en el vientre, en los que han sido, son o serán sus genitales, muerden, tiran. El condenado sale de su ensueño, ve dónde está, la morada cuyo horror se torna más nítido a luz evanescente de su quimera, ve, y lanza un alarido, no por dolor, sino por ver, pues las heridas, como en este mundo, no están destinadas a hacerlo sufrir, tienen por fin llamarlo a la realidad, a juicio ante ella, pero su alejamiento es tal que aproximarse se confunde con lo doloroso. Clama, calla, vuelve a clamar, con una fuerza que haría estremecer las paredes, si esas paredes pudieran estremecerse. Después se reanuda el silencio. que parecería no haber sido interrumpido jamás.

Es que, otra vez, sueña, mientras las oscuras formas retoman su ronda, cede

nuevamente a las llamas de su éxtasis.

Por fin, por fin entiende, estalla en su cerebro la luz prodigiosa, se multiplica en otros estallidos igualmente esclarecedores, después de tanta penuria de vida crasamente material, después de obedecer a ciegas en la noche de lo que no era fe sino credulidad, entiende. Los torpes, los bastos, los medrosos se apartan temblando hasta los confines más remotos del cuartucho, vuelven la cara contra las paredes, querrían desaparecer en ellas, habiendo oído decir al Maestro que aquel a quien dé el bocado será el que lo entregará, habiendo visto estirarse hacia todos, con el gesto del más pobre de los pobres, la mano que ofrece el bocado. Qué ascenso entonces, no sólo por arriba de los otros, sino también hasta la altura del Maestro, cuando se adelanta, en apariencia sereno, pero lo cierto que estremecido de gloria, y toma el bocado, come, único dispuesto al sacrificio, único dispuesto a darlo todo, igual que el Maestro, come. Pues, ¿de qué modo, si no? Descubre, más penetrante que cualquiera, qué les exige, qué les suplica El: que lo entreguen, uno con amor más fuerte que el amor, decidido a descender al pozo de abyección en cuyo fondo yace el puñal reservado a su pecho, que lo arrastren al patíbulo, para que lo que está escrito sea consumado. ¿Quién lo hará? ¿Acaso los tibios regentes de la sinagoga, con imaginación a lo sumo para mandar una banda de sicarios a fin de que ejecuten una tropelía inútil entre las sombras? ¿Acaso los tiernos discípulos, hijos de la confusión y la pasividad, que no saben más que lamentarse, asombrarse, llorar? Nadie fuera de él con fuerzas para contemplar al Maestro con las manos atadas atrás, tan evidentemente diminuto entre los gordos doctores que, envalentonados por la superioridad numérica, lo interrogan, lo vejan; sólo quien tenga la religiosidad de él puede ver el rostro simple y maduro, de ojos chispeantes de dignidad, el rostro enmarcado por el cabello azulino y ardiente, por la barba de noble abundancia, el rostro amado y temido, padeciendo las bofetadas de esa crápula, los escupitajos, y saber que todo lo que acontece es obra suya. Y aún lo peor, a tanta distancia de la cruz gloriosa e infamante, oír el gemido de la hora nona como si lo gritasen junto a sus orejas, sobrellevar de pie, inmóvil, en medio del campo, las tres horas de oscuridad diurna, sintiendo cómo tira de él hacia el centro de la Tierra el peso prodigioso, mágico de los treinta irrisorios dineros por los que había simulado venderse. Cuánto más fácil ser uno de los once, llegar a la casa del supuesto traidor después de los días iniciales de confusión, arrodillarse ante él y reverenciarlo, habiendo empezado a descubrir su grandeza, que aunque el Maestro entregó el cuerpo, la sangre, él dio algo máspreciado, el alma, el amor, ese amor que ellos graciosa, cómodamente pudieron demostrar en forma invariable hacia el

Maestro antes, hacia él ahora, al terminar por filtrarse en sus espesas cabezas la luz, besándolo, abrazándolo, pese al inconveniente que significan las pequeñas serpientes verdes que han penetrado en la casa, se echan sobre los adoradores, intentan introducirse en las partes más molestas, hay que arrancarle una a Pedro, entre los chillidos del infeliz. Por otro lado, ¿quién de ellos hubiera podido acertar con el camino entre la maraña de señales legadas por el Maestro, que, si se quiere, había hablado a veces un poquito demás? Hubieran cedido a la primaria, sentimental propensión a imitarlo, se hubiesen buscado el sacrificio, llámeselo cárcel, leones, crucifixión u hoguera, borrado en unos meses cualquier rastro de ellos, incluso de la doctrina, el curioso poder de ser los administradores del otro mundo derrochado en un tris. Imposible que llegaran a comprender que en materia de gestos desesperados bastaba con lo del Maestro, que era necesario ceder paso a la razón va, al cálculo, para obligar a la fuerza romana a un pacto, colocándose bajo la tibia ala del imperio, pero siendo su mismo corazón, desalojados de allí los idólatras, y avanzar a la sombra de sus picas y espadas en la conversión de los pueblos aún renitentes. No, no estarían hoy en el Capitolio, guardianes de la fe oficial, amparados y, sin embargo, independientes, por no escatimar apoyo a nadie, ni a gobernantes ni a opositores, estar sabiamente con los oprimidos y con los que los oprimen, pues, ¿qué es el mundo sino ciudadela del Demonio, sitio de prueba? Así hay que dejarlo, en toda su iniquidad. Merced a esta iluminada, piadosa diplomacia, la iglesia es finalmente ecuménica, incluso al disperso pueblo asesino se le brinda auxilio, estando cada uno de sus integrantes registrado, fichado, a la espera del turno para el potro de tortura que lo conducirá a la salvación que su enferma voluntad no te permite desear. Una, infalible, el pecho se les llena de gloria cuando contemplan en los mapas la extensión de la iglesia, el cumplimiento del mandato del Maestro de difundir su evangelio, aunque haya sido preciso actuar con rigor contra algunos desequilibrados que, invocando la enseñanza, pretendieron cometer irregularidades, curaciones milagrosas, sacrificios de amor, manumisión de esclavos, toda la gama de lo subversivo. Bien estaba eso en el pasado, cuando el Maestro moraba con ellos, pero ahora Dios regresó al cielo, y en la Tierra han quedado los hombres: cada cual en su sitio. Porque es sabido lo que acontecería si se insistiera en traer a este mundo el Reino de Dios: abominación, ayuntamiento con la bajeza, matrimonio con el pecado. ¿Quién querría ir entonces hacia Dios? Hasta tal punto que si el mismo Dios pusiera su mano en la balanza en favor de la repetición de sus extremismos, por su propia causa sería preferible cortar esa mano. Las gentes son toscas, brutales, entienden blanco sobre negro, hay que inculcarles odio a la Tierra, quedando sólo para los sacerdotes la

mesurada apreciación de lo escasamente positivo que el mundo alberga. Aunque sea penoso, desgarrar el alma verlo, las gentes deben sufrir, sólo así acuden al santuario, aumenta el número de los prosélitos de comunión diaria, o sea lo primordial, la asiduidad disciplinada, la fe, la cotidiana búsqueda del beso que todo lo lava (suprimida la costumbre de la comunión mediante el pan, peligrosa por sus reminiscencias), acuden, no obstante la rara plaga de serpientes verdes que llenan los santuarios en los momentos menos indicados, buscan introducirse en las partes más molestas de los devotos. Acuden, y conforta oírlos, apiñados en la plaza del Capitolio sin que les importe la violenta lluvia, el frío, mientras él, vestido de blanco, esperará aún largo rato antes de salir, por estricta piedad, escuchando que lo llaman padre incomparable, maestro sapientísimo, hermano infinito, sabiendo que, más allá de los nubarrones, la sonrisa de Dios se extiende como el arco iris en el cielo.

Sueña, con los ojos abiertos, con los ojos cerrados. Pero sus compañeras se mueven otra vez, clavan sus filosas, sanguinolentas bocas en esa carne, destrozan un cuerpo desdichadamente indestructible. El condenado grita, calla, grita, en instantes eternos, hasta que vuelve el silencio. Porque de nuevo sueña.

Imposible seguir prestándose a ese juego: ¿quién echa agua sobre las brasas para ir a soplar las llamas? Es un hombre común, y lo sabe; como todos los hombres comunes ha aceptado y practicado una religión en la que no cree, un dios por supuesto inexistente, ritos ridículos a los que se asiste sólo por no llamar la atención en vano. Pero cuando apareció este otro, cuando la luz de sus promesas descubrió sin atenuantes la putrefacción, el oscurantismo, la senectud reaccionaria del Saneodrín, ni siquiera fue necesario un chistido pura que lo siguiera, dejándolo todo, y como un perro. Resultaba tan claro que había en éste un soplo liberal, renovación, un impulso progresista que ayudaría a desembarazarse de las antiguallas, prejuicios caducos, cualquier cosa que se opusiera al juego franco del sentido común. ¡Qué gozo verlo desafiar las leyes del sábado, arrancar al templo el monopolio del comercio expulsando de allí a los mercaderes, alternar con prostitutas y esclavos, viva prueba del cual debe ser el comportamiento de un verdadero demócrata, el criterio ajustado sólo al valor, no a la castas! Porque, ¿cómo se puede insistir en la patraña de que existe un Dios que contempla las desigualdades, la miseria, la injusticia, los sufrimientos, todo el mal del mundo, y permanece con los brazos cruzados, amando al hombre? Dicen que se trata de un misterio, que haya mal, que se debe amar a Dios a través de ese misterio, aunque claro que lo dicen los que engordan no obstante tal misterio, casi gracias a él, los caballeros de la sinagoga. Y éste los había calado desde el principio, los tenía sin duda entre ceja y ceja, quisiera o no

descargaba golpes mortales sobre la patraña. Verdad que de entrada tal oro había aparecido envuelto en mucha ganga, como los milagros, trucos ya practicados por tantos magos, que eran una insistencia en lo nebuloso, en el oscurantismo que se atacaba. Estaban además las insinuaciones de que era una encarnación de Dios, Dios mismo, aunque las enunciaba en forma suficientemente sibilina para que resultaran tolerables, y lo resultaron, marcaron en realidad el límite de su tolerancia. Pues cuando ve que aquella mujer le derrama encima el perfume de más alto precio en el mercado, las monedas de la subsistencia común, el despilfarro que no suscita reprensión sino la sonrisa complacida del preludio a una recaída de imprevisto furor en las pretensiones principescas, reconoce, cómo no, que éste es igual a los demás, ambicioso de coronar la pirámide de un nuevo Sanhedrín, partidario de las esclavizadoras diferencias sociales, torrente de reacción, que acaba de salpicarlo con lo que para su paciencia es la última gota. Y en cuanto a demagogia, especular con el fondo oscuro de los hombres, mistificarlos con la nube de la sangre y la ridícula creencia en un más allá, ha resultado al fin peor que los fariseos, si se atiende a los anuncios de la melodramática muerte que proyecta, más peligroso. ¿Qué no puede desatarse en esa ciudad hirviente de peregrinos llegados de los cuatro rincones del mundo, crispado magma de fanatismo y expectación, la mínima chispa hasta dónde es capaz de arrastrar a las masas ebrias de augurios, qué imágenes fatales, perniciosas pueden grabar el esbozo de una nueva quimera, un gesto de este extraviado? No:

no será él quien proporcione zancos a otro déspota. Y si ese rostro de mirada inhumana (ligeramente oblicua, la del rey que no quiere fulminar aún a sus vasallos), si ese cráneo cubierto por el cabello aplastado, ondulado con minuciosa simetría de la que sólo se burla en la frente un mechón recalcitrante que refleja todo lo antipático de su carácter, si esa boca entreabierta y temblona, con la exasperación quejosa de los niños, reclaman un traidor, sea: él está dispuesto. Mente fría, corazón sereno, servidor de la razón, no permitirá el encumbramiento, que progrese el espectáculo preparado, hará que lo encarcelen, sí, traicionará, si es que la fidelidad a lo sensato, limpio, merece llamarse traición. Creer que exista un dios perfecto que permite que su creación esté corrompida por el mal puede ser un capricho, veleidad de mentes débiles; aceptar que ese dios, además de existir, está encarnado en un hombre que necesita una falsa muerte para arreglar su situación, es ya una demencia que exige remedio a la carrera. A paso rápido, como avanza hacia la ciudad, entre las zarzas y las rosas silvestres que le hacen sangrar levemente las piernas sin que lo sienta, urgido ante estos seres decrepitos, animales embalsamados a los cuales la estopa

que es su carne les vibra únicamente por la cólera o la desconfianza, a pesar de las negociaciones previas, desconfianza sin embargo, pues lo hacen esperar en el recinto exterior, mientras discuten la hora, magnitud, estilo de la patrulla. Aparte, siempre aparte el que defiende la verdad, marcha con los policías en la noche, trepa por el monte a la luz de los hachones, llegan, avanza hacia el otro, el primero, nada que ocultar, obrando en nombre del bien. Y es extraño entonces cómo todo se detiene, se acalla, se esfuma, quedan solos, uno ante el otro, horas, mirándose, mientras aclara, con lentitud terrible, pese a la ausencia del sol, amanece, surge el resplandor desde el círculo íntegro del horizonte, aunque los sirvientes inmóviles no se decidan a apagar los hachones, el candente fulgor del mediodía lo traspasa todo, y sabe que él está cometiendo un insondable daño, porque la luz no lo atraviesa, resbala, rebota, se afana sobre los límites de su cuerpo, único núcleo maligno, listo a expandirse¹ cuando la luz ceda. Grandes ratas trepan por sus piernas, se introducen bajo su vestimenta, lo habitan desde siempre, aunque acabe de advertirlo, pero no le repugnan ni lo avergüenzan, bajo la mirada de El, tan distinta de lo que había imaginado cuando no se atrevía a afrontarla, más infinita que el amor, más piadosa que la sombra, más profunda que la muerte. Lo besa ahora, Dios, lo ha abrazado y lo besa, no para impedir la traición, sino convirtiéndose casi en el brazo que la ejecuta, mientras él, como si se desangrara, siente que es Dios, sin dejar de ser una hirviente cueva de ratas, se transforma en ese terrible misterio, gracias al beso, se ha transformado en Dios, tan lejos de sí, habiendo llegado al centro de sí, donde estaba Dios, más cerca de él que él mismo.

Sueña, pero las tarántulas del dolor llegan junto a él, tiran de sus músculos, su piel, sus vísceras, hasta que se despierta, y clama. Porque, hombre, hombre común, mente sensata, corazón pequeño, no tolera el misterio, no se comprende, tiembla ante la posibilidad de amar, sufre por perderla, y grita, sufre, y grita, para callar sólo cuando vuelven a poseerlo los sueños.

Sueña, tendido boca arriba, hinchado, cubierto por su túnica rosa, sueña de nuevo en este instante, porque esos tres sueños deben acosarlo incesantemente hasta el fin de lo creado.

Se dice que a cada uno de sus alaridos una partícula de redención desciende sobre los dementes, los tristes que son sus hermanos, la cofradía de casi todos los no muertos.

Y se dice también que por gracia al dolor que padece cada vez que despierta

¹ “expandirse” en el original.

(inimaginable para los hom**b**res, presumible quizá sólo por los santos) el resto del Infierno está deshabitado, para siempre, vacío, abolido.